

La fragilidad del señor espejo

Hemisferio Primitivo



Capítulo 1

Érase una vez un hombre indefinido y falto de imaginación: un ser sin personalidad ni carácter que carecía de ideas propias; él se limitaba a copiar todos los gestos y amaneramientos que le llamaban la atención. Sus sentimientos y emociones no importaban, era tan fluido y fluyente como el agua; se adaptaba a lo que fuera y era un genio de la improvisación; por esa razón y no otra se unió a las tertulias literarias que se celebraban en el café de Crom.

Al cabo de un tiempo terminó de expulsar los últimos vestigios de su identidad original y culminó con éxito su conversión en el señor Espejo; se transformó, así pues, en una amalgama de sensaciones sin trasfondo aparente que solo subía al escenario para vomitar sobre su chaleco un monólogo cómico de alto calado social y escaso bagaje cultural donde la sátira brillaba por su ausencia y la ironía era reventada a cuchilladas en un callejón sin nombre que a duras penas lograba subsistir.

Fue por esa época cuando escribió su primer relato de humor fantástico, *La mancillada corona del fénix baladí*, un cuento de tónica crepuscular que habría sido recibido con bastante tibieza por parte de sus seguidores... en el caso de haber tenido alguno. Su siguiente trabajo, *La torre del hierofante machacado*, obtuvo el mismo padecimiento, lo cual hizo que su ánimo decayera y ya no se riera; sus amigos, que eran muy buena gente, o por lo menos eso decían siempre, intentaron animarlo de muy diversas formas, pero él, que era de talante ciclotímico, no tardó en venirse abajo. Empezó a beber como un corsario y a jalarse una línea de polvo de bruja con el desayuno. A ratos le daba por hablar entre susurros de vaguedad y derrota y cada noche subía a la azotea del café para contemplar con sumo embeleso la luna soberana. Se volvió más taciturno y delgado, más susceptible y proclive a la desesperación. Adquirió la insana y demencial costumbre de canturrear con voz de caramillo antiguas baladas marineras para subsanar el dolor de las viejas heridas y sustituyó, creemos que inconscientemente, sin quererlo ni pretenderlo, sin darse cuenta ni ser apercibido, todos los maniqueísmos que había ido recopilando durante sus treinta y siete años de vida por una conducta más arisca y pendenciera que, curiosamente lo volvió más popular dentro de su círculo personal de amigos y conocidos. Finalmente se convirtió en un visitante asiduo de la Plaza del Ánimo Fúnebre, donde no siempre sabían su nombre, pero nunca cuestionaban su presencia.

En una de esas reuniones conoció a Rory O'Balin, un hombre alérgico a las sutilezas de la genuflexión que de pronto, y sin mediar palabra, empezó a pegarse con cuatro grandullos vestidos de cuero negro que iban armados con golletes de botellas, trozos de tubería y alguna que otra faca

enrobinada.

Para sorpresa del señor Espejo, O'Balin venció a todos sus enemigos con facilidad y recibir ni un solo golpe. Al primer tipo lo dejó seco de un certero puñetazo en la glotis; el segundo se comió un Expreso a Dunkelheim que lo dejó medio turulato; el tercero se inició en los Seis Caminos del Dolor y demostró ser un alumno aplicado, ventajista e insaciable, siempre ávido de nuevos conocimientos; el cuarto, en cambio, salió corriendo y de él nunca más se supo.

—Largarote se llevó mi honor—proclamó O'Balin nada más terminar la pelea—, y Genebaris mi culpa; Meridot pagó por mis pecados, mis caballeros sangraron por mi causa... Ahora, amigos míos, sabré ser rey.

La multitud circundante prorrumpió en aplausos y alabanzas hacia su persona. Corrió el vino, la cerveza y algún que otro licor. Hubo vítores, fuegos artificiales dedicados única y exclusivamente a enaltecer su hombría (algo que nunca está de más) y alguien le tiró un sujetador a la cara, oferta que O'Balin aceptó gustosamente, sí, pero sin renunciar a ese estoicismo tan recio y sexy que ya era su marca personal y del que hacía gala, bandera y sayo a la menor oportunidad.

—¿Está casada, señora mía?—preguntó.

—No, buen hombre. ¿Por qué lo pregunta?

La mirada de O'Balin se dulcificó.

—Porque ahora mismo solo quiero pensar en el amor...

Agarró un seno incipiente con la mano que tenía libre y apretó ligeramente, con tierna delicadeza. La mujer dejó escapar un lindo suspiro, luego gimió de placer:

—¡Ah...! Aaah...

—Mira cómo se lo goza—refunfuñó una voz muy cascada—. Esta pelandrusca ya tiene el chumino tó mojao...

—Así debe ser, señora mía—dijo O'Balin sin soltar el seno de la mujer—. Porque para recibir, primero hay que dar. El egoísmo no es un buen compañero de aventuras.—Miró gravemente a los ojos castaños de la anciana quejicosa—. No, no lo es.

Cuenta la historia que justo en aquel momento nació Njöl, el Amante Binario (creo que intentó hacer un juego de palabras con extraordinario, pero nadie pillóla broma, ni siquiera él), el personaje que tanto rédito le dio al señor Espejo. Porque sí, ya podemos decir que el señor Espejo se

basó en Rory O'Balin para crear a ese aguerrido luchador de largo temperamento, ceño flamígero e inteligencia disimulada, gran guerrero y mejor fornicador, que resolvía cada situación, por peliaguda que fuera, liándose a mamporros con todo aquel que pusiera en entredicho su derecho a reclamar la Corona de los Mil Huesos Azules.

El señor Espejo le dio al público justo lo que quería: monstruos, sangre, peleas exageradamente épicas que desnivelaban las leyes de la física, algunas nociones muy simples de politiqueo básico para simular una profundidad que en realidad no era tal y una ingente cantidad de escenas eróticas narradas con exquisito gusto y gran cantidad de detalles, y los lectores (especialmente los masculinos, los mismos que pedían más realismo pictórico en las portadas; o sea, tetas) no tardaron en inundar la redacción pidiendo más.

Los relatos de Njöl fueron muy bien recibidos por el público objetivo dela revista (especialmente por el masculino, el mismo que pedía más exposición femenina en las portadas; o sea, tetas) y la crítica especializada (que iba de sibaritas y literatos, sí, pero compartían con sus incondicionales la misma devoción por la curvatura nigromántica; o sea, tetas) en historias de fantasía épica. Se publicaron cómics basados en el personaje que inmediatamente pasaron a formar parte de la cultura popular (se volvieron populares tan rápido por su fidelidad a las sagradas escrituras; o sea, tetas. Y ahora te estarás preguntando, estimado lector, o querida lectora, ¿cuántas veces piensas repetir el mismo chiste, maldito zángano reidor? Pues las que hagan falta, compañero. ¡Las que hagan falta, compañera! Hey yo, ho, ho, ho... Y tranquilas, eh, tranquilas, no atorarse, que de mi pasión por ese hermoso nenúfar que reposa sobre tu ombligo y que solo es bello en el ámbito femenino ya hablaré cuando sea menester) y algún tiempo después alguien comentó la posibilidad, por quimérica que fuera, de hacer una película protagonizada por Njöl. Y ojo: sin censura. Con todo el seno al aire. Como debe ser.

Pero incluso las cosas más bonitas pueden tener un final deplorable y el señor Espejo empezó a agobiarse y a experimentar breves ataques de pánico cuando vio que un paquidermo alelado había colgado en redes su reparto soñado, el cual estaba encabezado por un actor slago que, casualmente, era idéntico a Rory O'Balin. Y digo casualmente porque en aquella época nadie sabía que Njöl estaba basado en el hombre de los puños de hierro. El señor Espejo no se lo había dicho a nadie porque no quería que el susodicho lo descubriera; le aterraba la mera posibilidad. Así pues, empezó a preguntarse qué pasaría si cualquier otra persona, ficticia o no, descubría que su mejor creación, la única que daba sentido a su vida, no era sino el traslado de un sujeto tan especial como Rory a un mundo más sombrío y cínico, más primitivo, donde la lujuria y la sed de sangre se imponían sobre el resto de conceptos e ideas.

Con todos esos pensamientos en mente, llamó a su madre. Le dijo que el mundo entero se le venía encima. Le confesó, la voz como un río de lágrimas que olía a perritos calientes, que necesitaba un abrazo. Dijo que no tenía a nadie más. Confesó sentirse muy solo, y desamparado.

—Hijo, ¿tú has visto qué hora es? Ya es delito llamar tan tarde a una madre, sobre todo a una que mañana madruga...

A partir de ese momento se lo vio muy poco por los bares que había frecuentado. De un día para otro dejó de escribir; su pluma ya no se movía. Cuando le preguntaron por ese tema en particular, respondió que se sentía muy cansado; necesitaba un descanso, pero prometió volver con más fuerza que antes.

Un par de días después se trasladó al bosque de Leng-Hi, del que cuentan tantas historias truculentas y para dormir. Permaneció recluido en una cabaña que había construido su primo durante un mes y medio.

Regresó muy cambiado: parecía veinte años más viejo y llevaba el pelo más largo y descuidado, al igual que la barba. Su comportamiento era más errático e impredecible; su voz un tenso y fragmentado murmullo. Se le cogió mucha manía muy rápido. Finalmente lo expulsaron del café de Crom alegando que sus constantes diatribas posapocalípticas rompían la dinámica del grupo. Fer-Dinax, un enfurruñado gestor de comercio que estaba en pleno proceso de divorcio, fue el único que no le retiró el saludo, ni la amistad.

—Tienes muy mala cara, compañero. Y no te mentiré, me estoy empezando a preocupar.

—Han pasado muchas cosas, Din. Cosas... horribles. Cosas cuya concepción y origen han arruinado por completo mi sistema nervioso. Perdóname, pero no puedo decir más...

—Vamos, hombre, no seas así. No te lo guardes todo para ti, que eso no es bueno. Cuéntame qué te pasa.

—Ya es muy tarde para mí, Din—respondió el señor Espejo—. Nadie puede ayudarme. Es solo cuestión de tiempo que... ¡Ah!

Se quedó mirando algo impalpable. Fer-Dinax pensó que estaba mirando la oscura noche, o quizá dentro de sí mismo. La mano del señor Espejo apretó con más fuerza la jarra de cerveza. Un miedo cerval brilló en sus ojos cristalinos. Poco después se adentró corriendo en el supermercado y desapareció.

Fer-Dinax lo vio perderse en la creciente oscuridad, tan dubitativo como un farolillo de tormentas. Se limpió con una mano la fina línea de espuma

que adornaba su labio superior. Frunció el ceño, confuso e intranquilo. El extraño comportamiento de su amigo lo había dejado muy preocupado.

Al día siguiente fue a la casa del señor Espejo. Le sorprendió encontrar la puerta abierta, aunque sin signos de haber sido forzada. Llamó al señor Espejo, pero no recibió más respuesta que el ulular de un búho que lo observaba pacientemente desde la rama más baja de un árbol cercano.

Un fuerte olor a incienso lo guio hasta una de las habitaciones de la planta superior: un antiguo estudio con las estanterías llenas de libros esotéricos, varios símbolos rúnicos recorrían las paredes, el suelo y el techo; un tótem formado por la calavera de una cabra y una corona de hueso rota presidía la habitación desde una mesa colocada en el centro de la estancia. El tótem estaba rodeado por un círculo de treces velas negras; todas salvo una estaban encendidas, y junto a la calavera había una carta escrita y dirigida por el señor Espejo.

He aquí una reproducción bastante fidedigna:

... porque no quería que nadie lo supiera, ni siquiera él. Ese, amigo mío, era mi mayor temor. Tengo miedo, mucho miedo. No quiero que me hagan daño. No podría soportarlo. No soy tan fuerte. Estoy desesperado, mi paciencia se ha colmado, mi año se ha dilatado y la clepsidra se ha agotado. Me estoy volviendo loco, poco a poco, poco a poco...

He pasado largos días e incontables noches vigilando el tránsito de las estrellas, recorriendo con los dedos de mis ojos las hojas y los troncos de los árboles que encierran la verdad del mundo, buscando a lo largo de este camino la solución que destruya de una vez por todas la fuente de todos mis males, pero no he hallado más respuesta que el eco de un férreo silencio y al final no me ha quedado más remedio que buscar ayuda en otro lado. Sí, amigo mío, te comunico que tomé la decisión, por algunos criticada, de realizar un ritual mágico para establecer contacto con uno de los Seres Mayores que moran más allá del globo celeste; porque solo ellos pueden alterar las marcas que rigen mi destino para librarme de este suplicio...

Me trasladé a la cabaña de Garbeston y pasé las siguientes semanas preparando todo lo que necesitaba para realizar el ritual; busqué todos los ingredientes que me pedía el Demonicus Tromperatus y me aprendí de memoria los dieciocho versículos que necesitaba para comunicarme con el Dios Antiguo, cuyo nombre, según pude traducir, era Tehuci-Galoppa.

(Aquí la narración se interrumpe bruscamente. Podemos deducir que le faltaba una página. O bien se perdió, o tal vez no llegó a escribirla nunca.)

... Al principio no ocurrió nada fuera de lo normal; el bosque se mantuvo sumido en un silencio casi ceremonial. Nada lo perturbaba, ni el canto de la cigarra, ni el arrullo que provenía de la montaña. La temperatura no varió y ninguna estrella calcinada por los vapores del espacio cayó del cielo envuelta en una estela de muerte y degradación.

*Pensé que algo había salido mal, de modo que cogí el *Demonicus Tromperatus* y releí el rito de invocación. Releí muy despacio, pronunciando muy cuidadosamente cada palabra. Pasado un cierto tiempo, me vi asaltado por una sensación muy extraña. Y lóbrega, por supuesto. Sentí que el aire se comprimía, y de pronto todos los colores desaparecieron, y el imperturbable silencio del bosque fue sustituido por un zumbido constante que se clavó en mi hipotálamo como una flecha roja, macerada su punta aleve por un veneno muy tóxico que me dejó casi catatónico...*

No recuerdo muy bien qué pasó después. Solo puedo decirte que desperté en la casa de un hombre que cuidó de mí mientras estaba convaleciente.

—Te encontré tirado en medio del camino que conduce al bosque de Leng-Hi—respondió el hombre cuando le pedí explicaciones—. De eso hará unos tres días. Qué te pasó y cómo llegaste hasta allí, solo YaVeq lo sabe.

(Aquí la narración vuelve a interrumpirse...).

... Mis huesos y mis nervios están hechos de polvo y ceniza... A veces veo... cosas. Fragmentos de una pesadilla que aún no ha terminado de materializarse. Una bruma negra que emite destellos tan rojos como la sangre coagulada. Un árbol de sombras que reptaba lentamente hacia mí. Una mano, de largos dedos, que desaparece en cuanto me doy la vuelta, o una sombra con forma de hoja, tan grande como el ala de un gorrión... Están cada vez más cerca y, francamente, me sorprende que nadie más note su presencia...

Esta carta inconclusa, a medio escribir, llena de rayones y frases inacabadas, confundió aún más a Fer-Dinax; parecían los delirios de un loco, de alguien derrotado por algún tipo de enfermedad nerviosa. Fer-Dinax sabía que el señor Espejo tenía sus particularidades, y cierto era que en los últimos tiempos se había vuelto más linfático, más propenso a soñar despierto, embobado por los entresijos de la vida onírica, pero aquel conato de relato (considerado de terror, aunque por las razones equivocadas, pues era tan inconexo y contradictorio y falto de información como la última novela audiovisual de Ridekki Tanno) era ya demasiado. Se había pasado de la raya, y alguien tenía que decírselo.

—Qué cansado estoy de toda esta mierda—gruñó.

Se guardó la carta en el bolsillo trasero del pantalón. Acto seguido sus ojos violáceos, de botafumeiro, se fijaron en la calavera de la cabra que había encima de la mesa, rodeada de velas negras y una maldad inherente. Las oscuras oquedades del animal muerto le devolvieron la mirada sin inmurtarse; un pálido fulgor, un breve hálito de llama blanquecino, relucía en medio de tanta negrura, y eso fue algo que lo puso de muy mal humor.

—¿Te estás choteando de mí?—rezongó—. Cabrón execrable...

Derribó la calavera con una patada giratoria de potencia moderada que había aprendido en un curso en línea en Yoteveo. Verla tirada en el suelo no hizo que se sintiera mejor; al contrario, su pie impactó mal y se dobló un dedo, lo cual acrecentó su enfado, sí, pero también su resolución, su orgullo aviario y sus ganas de comerse un emparedado de atún nosur.

Salió al pasillo, que de pronto parecía mucho más largo; una celosía de sombras cuidadosamente trenzadas le impidió ver el final. Hacía frío; la noche era tan oscura como una tumba, inmersa en sus propios secretos. Sintió un escalofrío en la parte baja de la espalda. Miró a su alrededor con aire de conjurado. Esperaba una puñalada, un beso presuntuoso en el cuello o el primer roce de una garra aviesa, pero no pasó nada. Llamó otra vez al señor Espejo. No respondió nadie, pero escuchó un sonido que provenía de la habitación que tenía delante, a palmo y medio de su cara.

Abrió la puerta de un tirón, cayó dentro. Entonces vio que alguien se había dejado la ventana abierta: cortinas de pálida luz fluctuaban por toda la cámara como un banco de vivos colores sumergidos en un estanque de yeso selenita.

Escuchó otra vez el ulular del búho. Vio que estaba de perfil, con la cabeza inclinada hacia un lado, el pico apuntando al suelo. Las alas extendidas en toda su plenitud.

Quería llamar su atención, o al menos eso pensó Fer-Dinax.

La luna se elevaba, disipando la oscuridad. Abajo, entre los matorrales, rodeado por la seca fragancia de los geranios, se encontraba el cuerpo sin vida del señor Espejo.